

la resolución de ello delante de Dios. Mira que de todos los propósitos que puedes hacer, y debes executar es este el mas necesario; porque entre los peligros de la salvación, dice San Gregorio, no hay otro mas universal, ni mas frecuente que la murmuración: *Hoc maxime vitio periclitatur genus humanum*. Dichoso aquel, que se preserva de él, y lo previene gobernando su lengua, y no permitiéndola que jamás se deslice. Dichoso el que lleva siempre la caridad en sus labios, pues conservará la gracia en su corazón, y poseerá la gloria por una eternidad dichosa, que es la que os deseo, &c.

SER-

SERMON

PARA EL DOMINGO DUODECIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.

De la caridad del próximo.

Samaritanus autem quidam iter faciens, venit secus eum; & videns eum misericordia motus est; & approprians alligavit vulnera ejus infundens oleum, & vinum, & duxit in stabulum, & curam ejus egit.

Caminando un Samaritano llegó á encontrarle, y al verle se compadeció. Se acercó á él, y aplicando á las heridas aceyte y vino, les puso un vendage. Despues le llevó á una posada, y tuvo cuidado de él. San Lucas al cap. 10. v. 33. & 34.

ESTE es el carácter de la caridad, y estos los afectos que inspira. Se enternece de la miseria del próximo, y sin ceñirse á una mera compasión, une á esta los efectos saludables, y no reusa socorro alguno de los que puede proporcionar. Este caminante caritativo de nuestro Evangelio encontró en su camino á un desgraciado mortalmente herido, y tendido sobre la tierra. A

es-

este espectáculo se conmueve toda su piedad, y siguiendo el primer impulso de su corazón, corre á este miserable, lava sus heridas, le conduce el mismo á una casa, pasa en ella todo un día con él, y no le dexa hasta haber contribuido con todo el gasto necesario para su alivio. Caridad sin duda, que merece los mas grandes elogios, y que no podemos ensalzar bastantemente. Pero sabéis vosotros, amados oyentes míos, lo que realizas este proceder, y lo que justamente es el motivo de nuestra admiración, y de nuestra indignación? Un Samaritano se interesa de este modo por un Judío, despues que este ha sido abandonado con impiedad por otro Judío, y aun tambien por un Levita. Un Samaritano separado de los Judíos, ya por sus costumbres, y ya por su Religión: esto es lo que debemos admirar; y por otra parte, que un Judío, y un Levita han sido insensibles á la desgracia y triste estado de este hombre, que tan estrechamente está unido á ellos por la misma creencia, y la misma Ley: qué puede pensarse de esto, ni cómo podemos dexar de indignarnos justamente? Entremos en nosotros mismos, hermanos míos, y decidme: No es esto lo que vemos todos los días en el Christianismo, donde no obstante el mismo Bautismo, una misma confesión, y una misma fe que nos une á todos con un vínculo tan estrecho y tan santo, hay tantos Christianos que no tienen caridad para con otros Christianos? No es verdad, que por lo comun no podríamos esperar de parte de los Idolatras y Paganos ménos condescendencia y consuelo en nuestros trabajos, y ménos asistencia y socorro en nuestras necesidades? Pero sea como fuere, hoy vengo á hablaros de la caridad del próximo: De esta caridad que la naturaleza nos encarga, que Dios nos manda, y que en la Ley Evangélica es para nosotros una obligación muy particular é indispensable. Recurramos á la Madre de la misericordia, cuya caridad se ha derramado y derrama sin cesar sobre los hombres, y pidámos por su intercesión la gracia, y luces del Espíritu Santo.

AVE MARIA.

Pa-

Para tratar con solidéz una materia tal útil, y tan importante como la que me he propuesto, y para daros desde luego una idea justa de aquella caridad que es el complemento de la Ley, y Jesu-Christo nos encomienda hoy tan expresamente en el Evangelio, ved en dos palabras todo mi designio. Yo lo reduzco á dos verdades que intento establecer, y de las que con razon puedo prometerme frutos admirables para la reforma de vuestra vida, si llegais á persuadiros de su certeza; os suplico que las comprendais bien, pues van á hacer la division de este discurso. Dos intereses hay, dice San Juan Chrisóstomo, que tienen relacion con la caridad, y que deben servir para arreglar todo el exercicio de esta virtud: estos son el interes propio y el ageno. El interes propio es el motivo comun de nuestras mas ardientes pasiones; y el ageno regularmente nos mueve muy poco. El interes propio es el que conservamos con todo el cuidado posible, y del ageno descuidamos, y no tememos su pérdida. El interes propio es el obstáculo de la caridad; y el ageno es el objeto de ella. Siguiendo, pues, estos dos intereses diferentes en un todo, establezco dos proposiciones. La primera es, que no hay interes propio por grande que pueda ser, exceptuando el de nuestra alma, que no debamos estar prontos á sacrificar por la caridad cristiana. Y la segunda es, que no hay interes ageno, por leve que sea, que no debamos respetar y cuidar por la conservacion de la caridad cristiana. Qué es lo que con efecto turba el órden de la caridad entre los hombres? Dos cosas: el amor del interes propio, y el poco cuidado del ageno. Se trata de remediar uno y otro, y el medio es enseñarnos á hacer ceder á beneficio de la caridad todo interes propio: esta será la primera parte. Y á respetar á beneficio de la caridad todo el interes del próximo; esta será la segunda parte. Ojalá que podais aprovecharos de estas instrucciones, y que nunca olvidéis estas dos obligaciones!

PAR-

ses; y como es indubitable que el interes arrastra los corazones, estando divididos nuestros intereses, lo están tambien nuestros corazones; y por consiguiente no tenemos ya aquella union que forma la caridad; ni se necesita mas para esto, que un solo interes. Poned en esto atencion; hablo de un interes buscado y solicitado con ansia para romper esta union. A consecuencia de esto puedo decir, que no hay interes alguno en el mundo, cuya renuncia y sacrificio no sea en algun modo de esencia de la caridad, y un Filósofo pudiera discurrir de esta manera, aun siguiendo solo las luces humanas.

Vosotros me preguntais por qué formo de esto un discurso de religion? Ah, oyentes míos! lo hago (según la máxima del gran Padre San Agustin) para que con vosotros me avergüence de que verdades como estas, en las que la naturaleza ha tomado por sí misma el cuidado de instruirnos y convencernos, tengan, aun con el socorro de la fe, tanta dificultad de imprimirse en nuestros espíritus, y de que todas las revelaciones divinas no causen en nosotros lo que solo la Filosofia debiera producir. Yo lo hago para destruir un error práctico que en el dia reyna entre los hombres, que es un fantasma de caridad con que se deslumbran, y un amor imaginario del próximo del que forman su conciencia. Dicen: Yo amo aquella persona, porque Dios me lo manda: pero en lo demas no quiero tener con ella amistad; ni frecüente trato; nada le pido, no le deseo mal, ni tengo parte alguna en sus asuntos; él vá á los suyos, y yo á los míos; y para los dos el único medio de mantener la caridad, y este es vivir en paz. Es este medio (hermano mio) dice San Juan Chrisostomo, de conservar la caridad? Es posible que tu ceguedad llegue á tal extremo? Pues yo os digo, que este es el medio de conservar las discordias, de mantener las enemistades, de fomentar los odios, de autorizar las venganzas, y de hacer morir en vuestro corazon hasta la raíz de la caridad. En qué pensamos (añade este Padre) quando hablamos de este modo? Nosotros quer-

remos reducir la esencia de la caridad á términos puramente negativos, como á no hacer todo el mal que podemos, á no conservar rencor, y á no tener deseo de hacer mal. Pero yo os respondo, que quando todo esto fuera así (que quasi nunca sucede en las circunstancias de desunion de que hablo) todo eso no es caridad, pues esta debe tener alguna cosa positiva; y no se puede sufrir que querais hacerla consistir en esa indeferencia de corazon, que es una herida mortal de la caridad: pues para amar al próximo, es necesario desearle todo bien: y para esto es menester interesarse en todo su bien, lo que no se puede hacer estando preocupado con los suyos propios. Esto es lo que la Ley de Dios nos dicta; quien nos diga lo contrario, nos engaña y nos pierde; y si nuestras conciencias se persuaden á alguna cosa contraria á esta doctrina, son conciencias culpables; y si juntamos á esto (como sucede por lo común) la presuncion de una ciencia vana, lisonjeándonos de estar bien instruidos en este punto, y de saber hasta donde llegan los límites de la caridad, es una ciencia reprobada por Dios, es una ciencia que nosotros reprobamos en los demas, quando proceden según ella con nosotros. Pues cómo la justificaremos en nosotros mismos, y cómo nos parece lícito usar de ella con los demas? En estos términos reprehende el Apóstol á algunos que aparentaban ser zelosos Predicadores de la caridad para con el próximo, siendo ellos muy malos discípulos: *Qui ergo alium doces, te ipsum non doces.* (a)

Pero volvamos, Christianos, á nuestro asunto. A qué nos obliga Dios, quando nos manda amar á nuestros hermanos? Despues de lo que acabo de decir, es cosa muy fácil resolver esta cuestión. Nos obliga á privarnos en favor de nuestros hermanos de ciertos intereses propios que nos dominan, y alteran, ó corrompen enteramente en nosotros el espíritu de la caridad. Esto

X 2

(a) Rom. 2. v. 21.

nos manda por su Profeta, quando nos dice: *Haced un solo corazon de muchos corazones*; y esto promete hacer en nosotros, segun otro Profeta, quando añade: *Yo les daré á todos un mismo corazon*. Qué significa esto (pregunta San Agustín)? Dios nos promete á todos un mismo corazon, y no obstante quiere que este corazon le hagamos nosotros mismos. Si nos lo dá, para qué nos manda hacerlo? Y si nosotros hemos de hacerlo, por qué dice que él nos lo dará? *Quare jubet, si ipse daturus est? Et quare dat, si homo facturus est?* Pero estas palabras (responde el Santo) se concilian admirablemente; porque todo el misterio está en que esta union de corazones, en que consiste la caridad, es obra de Dios de tal modo, que no se puede perfeccionar en nosotros, sin nosotros mismos. Es menester que la gracia la empiece; pero es preciso que nosotros la acabemos; ó para hablar con mas propiedad, que nosotros cooperemos á ella. Dios nos ofrece esta gracia quando dice: *Yo les daré un mismo corazon*; y nos obliga á esta cooperacion quando añade: *Haced vosotros un mismo corazon*. En qué consiste esta cooperacion? Ya os he dicho que en desocupar nuestros corazones del interes, y del amor propio que los posee, para hacerlos tener por suyo el interes del próximo, y para que tengan un afecto comun que hace la extension de la caridad; porque mientras nuestros corazones sean interesados, es decir, mientras esten preocupados con nuestros propios intereses, ó con lo que en rigor nos pertenece, ó con lo que pretendemos que se nos debe, estos son otros tantos corazones divididos, que no tienen disposicion alguna para formar un mismo corazon; porque cada uno de nosotros se forma el suyo propio, y entónces no observamos la Ley del Espíritu Santo, que nos manda hacer un mismo corazon. Vosotros me direis, que si esto es así, hay muy poca caridad entre los hombres. Puede ser, Christianos, que aun haya ménos de la que pensamos. Si quisiéramos hacer juicio por la oposicion que entre sí tienen estos dos Oráculos del Espíritu Santo, el uno que nos

ase-

asegura que todos los hombres estan determinados á buscar su interes: *Omnes quæ suæ sunt querant*, y el otro, que la caridad profesa constantemente el no buscarlos: *Charitas non querit quæ suæ sunt*; puede ser que infirieramos, que esta virtud es una de las mas raras; ni dudo que una conclusion tan terrible nos hiciese temblar á vista de los juicios de Dios. Porque al fin, Señor, (diríamos á Dios, penetrados de dolor por esta verdad) si el desórden del amor propio, y el demasiado apego á mis intereses, no hubieran de acarrearne mas desgracia que la de impedirme todo género de amistad honesta, privándome de las utilidades y dulzuras de la sociedad, de hacerme pasar por un espíritu humilde y bajo, hasta hacerme odioso en el mundo; por mucho que estas consideraciones, segun sus varios respetos me moviese, apenas tendrían fuerza bastante para hacerme desprender de mí mismo: pero quando me figuro, que si esta pasion del interes propio llega á dominarme, no tengo caridad con mi próximo, y que no teniéndola no puedo tampoco tenerla con Vos que sois mi Dios, y que no teniéndola con Vos que soy mi Dios, no debo por una consecuencia funesta, pero necesaria, esperar el que la tengais conmigo, que soy vuestra criatura: Ah Señor! qué cosa hay tan grande en materia de intereses á que yo no esté pronto á renunciar, y que no dereste y aborrezca por evitar esta desgracia? De este modo hablaríamos con Dios y con nosotros mismos.

Pues si esto es cierto, hablando generalmente de la caridad (esta es la segunda prueba), qué diremos de la caridad particular que el Hijo de Dios nos encargó tanto, y es como el fundamento de la Ley christiana que profesamos? Porque así como no todo género de amor del próximo es caridad, así tampoco ni todo género de caridad es caridad christiana; y si esta no tenemos, aunque tuviéramos por otra parte todas las virtudes de los Angeles, nada somos delante de Dios: *Si charitatem*

1101

non habuero, nihil sum. (a) Porque amarnos como prudentes segun el mundo, amarnos como hermanos segun la carne, y amarnos como hombres unidos en un mismo cuerpo de Religion, todo esto no basta: es menester amarnos como discipulos de Jesu-Christo; y no siendo así, no tenemos aquella plenitud de justicia superior á la de los Fariseos, que el Evangelio nos dice que es necesaria para entrar en el Reyno de los Cielos; porque el Salvador del mundo, nuestro Soberano Legislador, nos impuso un precepto de caridad muy diferente del que la Ley Natural y Divina imponia á todos los hombres. Por esto le llama: *Su precepto: Hoc est præceptum meum.* (b) Por esto dixo, que era un nuevo precepto: *Mandatum novum do vobis.* (c) Por esto quiso que fuese como el distintivo de los seguidores de su Doctrina y Ley, declarando á los Apóstoles, que este era el único medio por donde serian conocidos en el mundo por discipulos suyos: *In hoc cognoscent omnes quod Discipuli mei estis.* No por la gracia de los milagros, ni por la ciencia de las Escrituras, ni por lo asombroso de una vida austera y mortificada; porque todo esto (dice San Agustin en persona del mismo Señor) puede convenir á otros igualmente que á ellos: *Hec enim habere poterunt Discipuli etiam non mei.* Pero no serán discipulos míos sino los que practicaren esta caridad perfecta á que los obliga. Y puede muy bien (continúa San Bernardo) hablarles de este modo: porque les manda que se amen unos á otros, como él mismo los ha amado: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem sicut dilexi vos.* Y si en algun tiempo ha habido alguna caridad nueva, singular, de un carácter propio que la distingue de todas las demas, es evidente que fué la que Jesu-Christo nos tuvo. Y cuál fué el carácter y distintivo de esta caridad? Ah Christia-

(a) 1. Corinth. 13. v. 5. (b) Joan. 15. v. 12. (c) Joan. 13. v. 34.

tianos! puede ignorarla nadie, por poca noticia que tengamos de Jesu-Christo? El carácter de esta caridad fué el desinteres. Este Divino Señor nos amó hasta sacrificar por nosotros todos sus intereses en qualidad de Hombre Dios. El nos amó hasta hacerse pobre, siendo antes rico; ved el interes de su dominio y de sus bienes: hasta anonadarse por los excesos de una humildad sin límite ni medida; ved el interes de su gloria: hasta tomar la forma de esclavo; ved el interes de su libertad: hasta llegar á verse hecho un varon de dolores; ved el interes de su bienaventuranza: hasta morir como delinquente; ved el interes de su honor y de su vida. Digo mas? Nos amó hasta querer parecer delante de Dios como un descomulgado, y hasta ser tratado como un objeto de maldición; ved el interes de su santidad y de su inocencia.

Todo esto lo hizo porque quiso, y sin ello pudo satisfacer plenamente al amor que nos tuvo: pero quiso que esto, que le era libre, viniera á ser necesario para nosotros, y de esto mismo de que hizo el mérito de su caridad, hizo la obligacion de la nuestra; y así, persuadiéndonos despues de esto á que amamos á nuestros hermanos sin que nada nos cueste, sin renunciar á cosa alguna, sin cautivarnos en nada; creer, que tenemos para con ellos una caridad cristiana, siendo tan duros é inflexibles en nuestras pretensiones, tan zelosos de nuestros intereses, de nuestro honor, y finalmente de nuestras personas, como el espíritu del siglo, por un falso pretexto de caridad y de justicia para con nosotros mismos nos inspira, es un error muy grande. Ah, amados oyentes míos! no era necesario para practicar todo esto, que Jesu-Christo hubiese venido á darnos exemplo, pues sin él teníamos bastantes de esta caridad; ni para esto era menester su gracia: pues en nosotros hallamos abundantemente el principio. No era menester que este Dios hecho Hombre nos hubiese impuesto un precepto nuevo; pues en todos tiempos los hombres se habían amado de este modo, y esta caridad era tan antigua como el mundo. Era en vano que nos mandase el ejercicio de ella

como cosa que únicamente habia de distinguir á sus discípulos , pues los Paganos y los Infieles han estado siempre en la posesion de esta misma ventaja ; y así no tendríamos que responder al cargo que nos hace por estas palabras del Evangelio: *Nonne & Ethnicus hec faciunt?* (a) No obstantè , hermanos míos , (dice San Juan Chrysostomo) ved aquí nuestra afrenta , y el motivo de nuestro escándalo. En otros tiempos se distinguían los Christianos en la caridad , porque la caridad de los fieles triunfaba de todos los intereses de la tierra ; mas ahora se nos podría muy bien distinguir por el desorden de nuestra codicia , pues toda nuestra caridad no es mas que amor propio é interes. Digámoslo mejor : en otros tiempos los enemigos mismos de Jesu-Christo sorprendidos á vista del generoso desinterés que observaban en los fieles , daban de ellos con admiracion este testimonio , como su mayor elogio : *Videte quomodo se diligant* , mirad como se aman unos á otros : pero hoy , por un trastorno muy extraño , sorprendidos de lo mal que los fieles desempeñan mutuamente las obligaciones de la caridad , pudieran con los mismos términos , aunque con una ironía tan justa como sangrienta , darles un testimonio enteramente contrario : *Videte quomodo se diligant*. Mirad como se aman unos á otros ; mirad como con el excelente nombre de caridad mantienen el mas sutil y refinado amor de sí mismos. Mirad como la caridad de que se glorían , y la que celebran como á Reyna de todas las virtudes , es esclava de todas sus pasiones. Mirad como la tratan con una avaricia disimulada , como la conservan con los designios de una ambicion profana , y como la corrompen con los afectos de un amor impuro : *Videte quomodo se diligant*. A tal extremo han llegado las cosas. Lo que los Paganos , hablando con sinceridad , llamán empeño de passion , amor de interes , y deseo de fortuna , nosotros , abusando monstruosamente de los

(a) *Matth. g. v. 47.* *Nonne & Ethnicus hec faciunt?*

no es obvia la respuesta que suponian no era ob

misimos términos , lo llamamos caridad , y obligacion de Religion. Si un idolatra amase así á otro idolatra , por poco que se ocultase á sí mismo , conoceria que no le amaba con un amor de razon , ni de virtud ; y nosotros con una ley mas pura y mas arreglada queremos que sea un amor christiano. Un infiel , juzgando por sus propias luces , no podría concordar semejante caridad con la corrupcion de su Ley ; y nosotros hallamos medio de conformarla con la perfeccion de la nuestra : de modo , que por una especie de milagro , lo que para él no seria caridad , lo es para nosotros.

Quando veo á un hombre del mundo , y aun si quereis , separado del mundo (porque en esto no hay diferencia alguna de condiciones , ni estados ; y quiera Dios que los mas espirituales no esten mas expuestos , y aun sujetos al desorden que repruebo !) quando veo que un Christiano no tiene para con los demas sino una caridad interesada ; es decir , que no los ama con una caridad oficiosa , como no sean aquellos á quienes está reconociendo , los que le agradan , y le son útiles , ó necesarios ; pero que con los demas no tiene sino una caridad indiferente , estéril , sin exercicio y sin accion ; una caridad que á nada cede , y que en nada se modera ; una caridad que siente las propias injurias , que se impacienta á vista de los defectos ajenos , que es caprichosa , desconfiada , fácil á irritarse ; quando se conmueve , se irrita , y se hace desdeñosa , quando nunca cede por sí misma , quando quiere siempre ser la primera , quando olvida el bien , y conserva eternamente la memoria del mal , haciendo de todo esto la regla de su conducta , de ciencia del mundo , y de grandeza de alma ; y para colmo de su error lisonjándose de que tiene , no solamente lo que se llama caridad , sino lo que San Pablo entiende por aquella caridad eminente que está en Jesu-Christo , y que todos debemos tener : quando encuentro (digo) un Christiano dispuesto de este modo ; ah hermano mio ! (puedo decirle con San Agustin) ese vuestro estado es muy digno de llorarse ; los caminos que frecuentais , y por

donde os extraviáis estan muy léjos de los caminos de Dios. Si este Dios Salvador no nos hubiera tenido mas caridad que esta, en qué estado nos halláramos? Si no hubiera amado sino á los que son dignos de serlo, y á los que le hubiesen glorificado, qué hubiera sido de vosotros? De qué le podiais servir? Qué hay en vosotros que sea digno de él? Qué veria en vosotros que fuese capaz de inclinarle á vuestro amor? Si hubiera esperado á vuestros esfuerzos y merecimientos para recibirlos en su gracia; qué recurso tendríais para vuestra salvacion? No le fué preciso abatirse, y que por una condescendencia de su amor os buscase él primero? Pues será razon que vosotros conserveis mas vuestros intereses, que él el suyo? No es cosa indigna que tratéis á vuestros hermanos con mas dureza que él os trató á vosotros? Que les pidais mas respeto y condescendencia que él os pide? No es indigno tambien, que os disgusten en vuestro próximo mil cosas que á él no le han causado enfado? Que no podais sufrir lo que él ha sufrido, y que no podais amar lo que él ha amado; como si vuestra caridad debiera ser mas delicada que fué la suya; y como si la vuestra tuviese derecho de estrecharse y escasearse, quando la suya ha sido tan pródiga? No obstante, Christianos, es de fe que la caridad de este Hombre Dios debe ser la regla de la nuestra; como tambien, que en el Tribunal de Dios será medido vuestro amor para con el próximo por el amor que él tuvo á los hombres. No se contentará con que hayais tenido una caridad comun y ordinaria; se os pedirá la de Jesu-Christo, y la que está en el mismo Jesu-Christo: *Charitatem que est in Christo Jesu*. Y para que no podais escusaros, se os harán presentes los términos mismos de la Ley: *Hoc est preceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos*. Yo os mando que os améis mutuamente con el mismo amor con que yo os he amado; y no es este un consejo, cuyo cumplimiento he dexado á vuestra libertad: ni es una obra de supererogacion que os he propuesto, sino un mandato de que ahora me daréis cuenta: *Hoc est præ-*

ceptum. Qué tendremos entónces que responder á este cargo?

Pero con todo eso (me direis) nos obliga la caridad á renunciar positivamente todo género de intereses? Si Christianos; y es mi tercera prueba que no hay intereses propio, sea de la naturaleza que fuere (excepto el de la salvacion) cuya renuncia actual no sea en mil ocasiones un precepto riguroso de la caridad que debemos á nuestro próximo. Hablemos con exáctitud; haré ver que las decisiones de la Teología nada contienen, que puedan disminuir la fuerza de la moral christiana. La induccion será el medio mas fácil de convencernos, y ella os enseñará lo que es amar al próximo: oid.

Que estemos obligados á renunciar la vida, es lo que á primera vista parece mas increíble; y no obstante, hay una estrecha obligacion de ejecutarlo por la caridad. *En esto*, dice San Juan, *hemos conocido el amor de nuestro Dios, en que dió su vida por nosotros; y por esto mismo debemos nosotros estar prontos á dar la nuestra por nuestros hermanos*. Esta es resolucion del mismo Espíritu Santo, en que no hay equivocacion, ni obscuridad; pues no dice, que podemos, sino que lo debemos hacer: *Et nos debemus*. (a) Y ciertamente en mil ocasiones es clara esta obligacion; y así San Cipriano hacia presente á los Cartaginense, que aquel contagio y peste que padecía su Ciudad, era una prueba general que Dios habia querido hacer de su caridad, queriendo enseñarles lo que deben los sanos á los enfermos, lo que los hijos deben á sus padres, lo que estos deben á sus hijos, lo que los amos á sus criados; y que por esto los habia puesto en la necesidad de exponerse los unos por los otros, y de exponer cada uno su propia vida por emplearse en la asistencia de los demas: *Quale illud est, dilectissimi, quod pestis illa grassatur? Explorat justitiam singulorum*. Lo que San Cipriano decia con aquella ocasion, lo puedo

Y 2

apli-

(a) 1. Joan. 3. v. 16.

aplicar yo á otros muchos asuntos. Esto es (diré segun el mismo exemplo) lo que hace á un Prelado culpable quando abandona su rebaño; esta es la culpa de un Magistrado, que por un cuidado excesivo de su descanso y salud no cumple con lo que debe al público; porque si estoy obligado á dar mi vida por mis hermanos, por qué no lo estaré á perder por ellos mi descanso, y aventurar, si fuere necesario, mi salud? *Et nos debemus pro fratribus animas ponere.* Debemos tambien renunciar nuestro honor y reputacion. Debemos renunciar, digo, este honor del siglo, que por mas chimérico y vano que sea, no dexa de sernos mas precioso y estimado que la vida. En otros tiempos este honor del siglo inspiraba á los hombres un furor, que los arrastraba hasta los últimos excesos, hasta irritarse contra sí mismos, y quitarse la vida los unos á los otros: y la Ley de Dios mandaba entónces, que consintiesen antes en verse sin honra, que llegar á cometer semejante atentado: y ahora que las leyes humanas han reprimido esta licencia, aquel mismo honor, cuya pasion no se ha acabado ni destruido, no atreviéndose á resistir á la autoridad de los hombres, resiste á la de Dios; y en lugar de los desafíos prohibidos, inspira odios, iras y venganzas, que tal vez no son ménos culpables delante de Dios; pues si no se renuncia aquello en que se funda este honor del siglo, es imposible precaverse contra los desórdenes expresamente condenados por la ley de la caridad. La renuncia de los bienes, y de sus derechos es una obligacion aun mas claramente contenida en el Evangelio, y en términos mas decisivos; porque qué pudo decirnos mas eficaz sobre este punto el Hijo de Dios, que lo que leemos en el capítulo sexto de San Lucas, donde nos manda, que no repitamos por nuestros bienes contra aquel que con violencia nos los lleva? *Ei autem qui auferit que tua sunt, ne repetas.* (a) Pues no podré pedir estos bienes en justicia.

(a) Luc. 6. v. 30.

ticia? Y sin hacérmela yo, no puedo usar de los medios ordinarios para sostener y seguir mi derecho? Escuchad uno de los puntos de conciencia mas importantes, que puede ser jamas os hayan explicado en este sitio. No me es permitido (decís) seguir mi derecho en justicia? Sí, amados oyentes míos; pero con tal que esta justicia sea conforme á la caridad; porque si la caridad se ofende con esa justicia, lo que os parece justicia, y lo es respecto de vosotros, es la mayor de todas las injusticias; porque facilitándoos una sombra de bien, os hace perder el verdadero y sólido: pues en mil ocasiones, lo que se tiene por justicia, y la verdadera caridad son incompatibles. Comprehended mi pensamiento, porque hablo en los mas rigurosos y exáctos términos de la Escuela. Incompatibles son, ya por la parte de vuestro hermano, y ya por vuestra parte. Son incompatibles de parte de vuestro hermano, quando sabeis que sin fingimiento ni mala fe, no tiene con que pagaros, y que la justicia que contra él seguís no tendrá mas efecto, que arruinarle, oprimirle, consumirle con inútiles gastos, y ponerle á punto de desesperacion; pues esta justicia viene á ser crueldad, y renunciar este derecho es para vosotros un precepto de misericordia. Incompatibles son por parte vuestra, quando por la experiencia que de vosotros mismos tenéis, estos, de vuestro espíritu, y de vuestras disposiciones naturales, no podeis prometeros racionalmente seguir aquella instancia, sin que el odio y la pasion, no solamente tengan en ello parte, sino que lleguen á hacerse dueños de vuestro corazon; pues entónces es menester renunciar aquellos bienes: porque la caridad que perdecís os debe ser mas preciosa y digna de ser amada, y os es mucho mas necesaria. Este es, Christianos, el sentido de esta doctrina tan maravillosa de Jesu-Christo, que la prudencia de los hombres del siglo ha querido reprobár; pero no obstante, es justo y muy conforme á razon la que os dice al capítulo quinto de San Mateo, que si alguno injustamente os toma vuestro vestido, dexéis que se lleve tambien vuestra capa: *Dimitte*

ei & pallium. (a) No se debe inferir de aquí, que el proceder en justicia sea absolutamente prohibido por Dios, y que nunca se puede usar lícitamente de este recurso: pues reprobable generalmente, y sin distinguir de litigios, es una ignorancia y una temeridad; como por el contrario, autorizarle siempre y sin distinción, sería (principalmente en un Ministro de Dios) ser prevaricador; lo que se infiere es, que el pleyto es una de aquellas cosas indiferentes, cuyo uso viene á ser sumamente peligroso; ó por mejor decir, es una de aquellas cosas, que aunque indiferentes por su naturaleza, son casi siempre malas por sus circunstancias. En efecto, qualquiera que se conoce á sí mismo, si conoce delante de Dios que no puede seguir una instancia ó pleyto sin ponerse en ocasion próxima de pecar, esto es, de engañar, de aborrecer, ó de murmurar: sin pasar mas adelante debe mirar su pleyto como una culpa; y persuadirse á que por mas derecho que tenga en el tribunal de los hombres, comete delante de Dios una injusticia desde el instante que intenta seguir su instancia, y que con él hablan estas palabras de San Pablo: Ah hermano mio! por qué no toleras ántes el que te hagan una injuria, y que te traten con falsedad y dolo? *Quare non magis injuriam accipitis? Quare non magis fraudem patimini?* (b) El mundo está lleno de gentes de este carácter, quiero decir, de Christianos ardientes y avaros, que son incapaces quando siguen un pleyto de guardar la moderacion de la justicia, y mucho ménos la dulzura de la caridad; y por esto digo, que la mayor parte de los pleytos, aunque justos en su principio y causa, son culpables en su continuacion: porque las mas veces son para los hombres ocasiones de faltar á la caridad. Esta doctrina no es rígida, pues Jesu-Christo y su Apóstol son sus autores, y salen por fiadores de ella. Vosotros me direis, que es capaz de turbar las conciencias; y yo os respondo que com-

(a) Matth. 5. v. 40. (b) 1. Cor. 6. v. 7.

compreendiéndola y practicándola bien, en lugar de alterarlas, las calmará y servirá de edificacion; porque hará á los hombres mas prudentes y cuerdos en un asunto tan delicado como este: ya poniéndolos en estado de portarse bien en este punto, y ya porque ántes de empeñarse en un pleyto, les obligará á hacer reflexiones serias y generosos esfuerzos de caridad. Si nosotros fuéramos como San Pablo quiso formarnos, no esperaríamos á tener sobre este asunto un mandato expreso, y sacrificaríamos sin dolor nuestras pretensiones y derechos á la caridad; pero como somos duros é intesados, no nos contenemos en los límites de la Ley, y aun es mucho si ella nos puede contener.

Pero finalmente (decis) esto es mio en rigor. Convento en ello; pero qué infieres de hay? Es máxima christiana, justa y honesta, exigir con todo rigor quanto te se debe? La suma justicia, no es las mas veces una injusticia? Si siempre se obrara de este modo, qué caridad, qué union, ó qué sociedad habria entre los hombres? Es menester discurrir y raciocinar muy al contrario, y decir: esto se me debe en rigor; pero yo quiero perdonarlo liberalmente y ceder; porque puedo engañarme en ello; y porque cada uno cree siempre que tiene derecho, aun quando no lo tiene; lo perdono tambien, porque aunque tenga este derecho, me pondria á peligro de seguir esta instancia con demasiado ardor, y de una causa justa y buena, haria una mala: lo perdono finalmente y lo cedo, porque aunque tengo seguridad de mí, no la tengo de mi próximo, el qual, ó no está persuadido de mi derecho, ó temeroso de que le trate segun el rigor de él, formará quejas, y puede ser que jamas me perdona. Esto es lo que debo decirme á mí propio; y no habiendo este desapego del propio interes, quantos desórdenes destruyen todos los dias la caridad en el mundo? Esta es la quarta, y última prueba.

Quita el interes propio, ó por mejor decir la passion de él, y yo respondo de la caridad de los hombres.

No

No habrá discordias entre ellos, no habrá disputas entre particulares, ni divisiones en las familias, ni sediciones en los estados, ni cismas en la Iglesia; porque todos estos desordenes tienen su origen en el interes. Bien lo sabéis, y lo estais viendo cada dia en el mundo. Por qué los hombres se aborrecen unos á otros? Por el interes. Por qué se desacreditan y deshonoran? Por el interes. Por qué los unos trabajan en destruir á los otros, y con efecto se destruyen? Por el interes. Quil ha sido en la Christiandad el principio de tantas heregias y sectas, y qual ha sido su apoyo? El interes. Pues si tengo zelo en conservar la caridad, debo en quanto me es posible combatir y destruir el espíritu del interes. En el Cielo, dice San Juan Chrisóstomo, no hay guerras, envidias, ni pasiones que turben la paz. Y de qué nace esta union tan íntima y constante entre los Santos? Es porque ven á Dios, porque le aman, porque estan en su gracia, y porque gozan de su gloria. Todo esto contribuye á conservar la caridad; pero la razon mas inmediata es, porque entre aquellos bienaventurados no se oyen las expresiones de *mío y tuyo*; es decir, allí no se dice, esto me toca á mí; aquello no te pertenece, tú no tienes derecho á esto: *Ubi non est meum a: tuum frigidum illud verbum*. Allí es uno mismo y solo el interes de todos, que es poseer á Dios; y como Dios es bastante para todos sin dividirse, por eso todos estan unidos en Dios sin apartarse. Nosotros, Christianos, estamos muy lejos de la perfeccion de este estado. Estas palabras de *mío y tuyo* son las mas frecuentes que se oyen en la tierra, y casi no podemos pasar sin ellas; pero esto mismo nos condena, si no usamos de toda la precaucion y vigilancia necesaria para no romper la caridad. Porque si nosotros estuviéramos libres y desembarazados de todos los intereses propios, como los Santos en el Cielo, no nos seria difícil el guardarla; ó si Dios, viendo que en el mundo estamos sujetos á estos intereses, no nos hiciera de la caridad un precepto tan riguroso, no tendríamos nada que temer; pero teniendo como tenemos intereses particu-

res,

res, y hallándonos por otra parte obligados indispensablemente á cumplir todas las obligaciones de la caridad, ved hermanos míos (continúa San Juan Chrisóstomo) lo que debe tenernos en un temor y miedo continuo, de que la pasion del interes se encienda en nuestro corazon, y se entibie en él la caridad. No obstante todo lo dicho, aun falta que decir: porque la misma caridad que debe hacernos renunciar nuestro propio interes, debe tambien hacernos al mismo tiempo respetar y cuidar del interes del próximo, como voy á enseñaros en la segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

No parece una paradoxa de nuestra Religion, decirnos por una parte, que estamos obligados á mirar por el interes de otro, y por otra que Dios nos mande sacrificar nuestro propio interes, y que la caridad nos obligue á tener consideracion con todo lo que pertece al próximo, despues de habernos mandado que renunciemos con el espíritu y el corazon lo que nos toca? No, Christianos: ántes es una verdad de aquellas que no pueden dudarse, y cuya certeza es indisputable; pues es principio admitido por todos generalmente, sin que sea preciso recurrir al Christianismo para persuadirlo y conocerlo así. El mundo mismo conviene en ello, y aunque sea esta una obligacion de aquellas que él quebranta mas impunemente, y con mas atrevimiento en la práctica, no dexa en la especulacion y en la idea de tenerla por una precisa obligacion, y una gran virtud. En efecto, San Juan Chrisóstomo observa, que todo hombre á quien se le confia el interes de otro, por solo el impulso del honor se cree empeñado y obligado á manejarlo con mas fidelidad que el suyo; y el baldon y vituperio que sufriría por haber faltado á la confianza en aquel interes que le entregó, le seria mas injurioso que si fuera acusado por haber abandonado sus intereses personales. Pues si el mundo, aun en medio del desarreglo y cor-

rupcion á que le ha reducido el amor propio, tiene sentimientos tan justos y rectos, quáles deben ser los nuestros profesando ser Christianos; y á que no debemos estar dispuestos para llenar en esta materia, como en todas las demas, la medida de perfeccion que el Evangelio exige de nosotros?

Era justo, dice San Ambrosio, (y es una reflexion muy sólida) que Dios estableciera este orden entre los hombres; esto es, que nos mandara mirar por los intereses de nuestro próximo, quando nos obliga á un desapego sincero de todo interes propio; y la razon es, porque sabia (añade este Santo Doctor) que por mas desprendidos que estuviésemos de nuestros propios intereses, nos quedaria siempre demasiada atencion para mantenerlos; y al contrario, por mas zelo que tuviésemos por los intereses de otro, apenas tendríamos tanto como nos pide la Ley exácta de una entera justicia. De aquí nace (prosigue el mismo Padre) que entre los preceptos de la caridad, expresos en el Decálogo, no hizo Dios mencion alguna del amor de nosotros mismos, aunque esté amor, siendo justo y arreglado, sea un precepto indispensable de derecho natural y divino. Dios dixo á su Pueblo por el Legislador Moyses: *Amarás al Señor que es tu Dios*; este es el primer mandamiento, al qual añadió el segundo, que es: *Amarás á tu próximo, y le mirarás como hermano tuyo*. Con esto se contentó, sin decir mas; y no añadió: *Tú te amarás tambien á tí mismo con aquel amor justo y legítimo que la naturaleza te inspira*; porque seria inútil (continúa San Ambrosio) que Dios por una Ley particular hubiese mandado la observancia de esta obligacion, estando seguro de que el hombre no se olvidaria de ella; y segun esta consideracion, bien léjos de excitarnos á que nos amásemos á nosotros mismos, pensó desde entonces en imponernos en la Ley de gracia el gran precepto de que nos aborrezcamos, y nos renunciemos á nosotros mismos.

Pero sea como fuere, Christianos, es muy cierta la proposicion que he establecido, de que no hay interes

de otro, por leve que se suponga, que no deba ser respetado; y ved aquí las razones que para ello tengo. La primera es, porque todo interes del próximo es esencialmente objeto de la caridad que está en mí: y por esta qualidad debo, no solamente amarlo, sino (si se me permite decirlo así) venerarlo. La segunda es, porque el interes de otro, que en sí mismo me parece pequeño, respecto á la caridad suele ser muy importante en sus consecuencias; y por estas siquiera debo mirarle con atencion, para hacer un juicio exácto de las obligaciones que segun Dios me impone. La tercera es, porque no hay interes alguno del próximo, cuyo desprecio, ó poco cuidado por sola la flaqueza de los hombres no pueda ser pernicioso á la caridad; y por esto, no tengo excusa si llevo á despreciarlo, y si en el comercio de la vida no tengo y pongo toda la diligencia y circunspeccion que pide la prudencia christiana. Tres razones son estas, que para tratarlas dignamente pedian otros tantos discursos; pero no haré mas que proponérselos en pocas palabras, por no abusar de vuestra paciencia.

Si, amados oyentes míos: lo que llamamos interes del próximo es el objeto esencial de la caridad que debe haber en nosotros, y de consiguiente es entre todas las cosas del mundo, con la que segun la Ley de Dios debemos tener mas atencion y cuidado. Si se mirara este interes segun los respetos de la amistad: con qué exáctitud, ó por mejor decir, con qué religiosidad no se manejaría? De qué fidelidad no se gloriaría qualesquiera para dar un testimonio del aprecio y estimacion que hacia del interes de un amigo? A qué extremo de fineza no se llevaria entónces este respeto y cuidado? Pues este es (dice San Agustín) el desórden mas reprehensible: que hacemos de la amistad una especie de Religion, y de la caridad, que es la mas santa de las virtudes, un motivo de profanacion. La amistad nos hace atentos, moderados, prevenidos, generosos y fieles; y la caridad nada obra en nosotros que á esto se parezca. Pero la fe nos enseña, que si la caridad no es en no-

sotros mas fuerte y eficaz que la amistad, somos no solamente hombres vanos, sino reprobados por Dios. Y qué se debe inferir de aquí? Pero volvamos á nuestro asunto. Hablando con toda propiedad, no es solo el interes del hombre el que venero, quando temo (por exemplo) ofender y lastimar su honor, quitarle sus derechos, contradecir y oponerme á sus designios; tengo un objeto mas noble delante de mis ojos, porque estos designios, aquellos derechos, y el honor de aquel hombre se me representan adornados del carácter de la caridad christiana, y esto me basta para jamas intentar cosa alguna contra ellos. Este carácter de caridad, comunicado á todas las cosas en que el próximo tiene algun interes, me parece como un salvo conducto que Dios les ha dado; y este, si obro segun el espíritu de la fe, es mas seguro y eficaz para contenerme que qualquier otro humano motivo. En esto consiste el exercicio de la caridad, porque esta (vuelvo á decir) no es una virtud ociosa, ni abstraída, sino que tiene su objeto y su materia en que exercitarse, que es el interes del próximo de que hablamos. Nuestro amor propio forma designios contrarios á estos intereses, y la caridad se opone á ellos: este interes está combatido por nuestra ambicion, ó por nuestra envidia, y la caridad lo prohibe: perjudicamos este interes por nuestra imprudencia, y la caridad pone en ello remedio: finalmente, destruimos este interes con nuestra injusticia, y la caridad lo repara y lo restablece. Ved, pues, qual debe ser en nosotros el exercicio y obras de esta caridad. Porque amar al próximo, y no tener para con él complacencia, ni condescendencia, ni precaucion, ni prudencia, ni cuidado de favorecerlo, ni temor de hacerle mal, ni de desagradarle, es una caridad que San Pablo no conoció, y que pasará por fantástica, quando se la quiera comparar con aquella que el grande Apóstol nos pintó con tan vivos colores. Pero esta caridad chimérica y falsa, es la que el error y ceguedad del siglo quisiera sostener. Como él se figura una caridad que no excluye el propio interes, y con la qual se intenta

po-

poder unir toda la corrupcion de él, del mismo modo se supone una caridad incompatible con los intereses del proximo, y compatible con el desprecio de ellos. Esta es una caridad, que sabe perfectamente hacerse superior al interes del proximo, y bien lejos de servirle, cree poder hacerle materia de su diversion y entretenimiento. Igualmente han hallado el secreto de amar á sus hermanos, y darles todas las pesadumbres y disgustos que les podrian dar sus enemigos mas declarados: y esto es tanto mas peligroso, quanto mas se protesta despues, que no se les aborrece. Lo cierto es, que se hace burla de ellos, se les insulta, se les mortifica, se censuran sus acciones, se trastornan sus designios, se minoran y desacreditan sus aciertos; y no obstante se lisongean que los aman: como si todo esto fuese indiferente á la caridad, y ella no debiese tener en esto parte alguna. Pues pregunto: puede haber ilusion mas grosera, y mas digna de llorarse?

Pero los intereses de otros (me direis) son por lo comun de muy poca entidad para que la caridad nos obligue tan estrechamente: pues yo (y es esta la segunda razon) digo, que en asunto de caridad, y aun mucho mas, siendo caridad christiana, nada hay leve; y que respecto de esta virtud, si discurremos y pensamos bien, todo debe reputarse por importante, y de consecuencia; no solo por obviar el desorden de la preocupacion de nuestro espíritu, que hace que quando se trata del interes de los demas casi nunca hagamos un juicio equitativo, por estar en ello tan poco interesados; y que tanto como el amor propio es ingenioso para abultar en nuestra idea las menores ofensas que nos interesan, tanto tiene de sutileza y artificio para disminuir en nuestra estimacion las mas graves injurias que se hacen al próximo: verdad que la experiencia nos hace evidente, y que tiene enlace con lo que el Sabio llamaba *abominacion delante de Dios*, quando decia, que tenemos dos medidas y dos pesos, el uno para nuestras propias injurias, que consiste en exágerarlas, aumentarlas y realzarlas todo lo posible; y el otro para las ofensas del próximo, que

con-

consiste en tenerlas por vagatela, y en graduarlas todas por de ninguna consideracion: *Pondus, & pondus, abominatio est apud Deum.* (a) No solo, digo, por esta razon, que es general, debe todo reputarse por importante; sino por otra mas esencial en la que no se puede dexar de convenir, y es (como dice San Juan Chrisostomo) que quanto es pequeño en sí mismo, es casi siempre, respecto de la caridad, importante en sus consecuencias; y no debe ser medido segun los estrechos límites de la particular injusticia que en sí encierra, sino segun la extension de los males casi infinitos que puede producir.

Por exemplo, amado oyente mio: la chanza que dixiste, la burla que hiciste, aunque te haya parecido ligera, ó una agudeza de ingenio, pero fué á costa de tu próximo; y aunque haya sido aplaudida de quantos en ello no tenían interes alguno, pero quando llegue á los oídos de la persona de quien has hablado, qué impulsos de despecho y de indignacion no excitara en su corazon? Aquella obstinacion, por lo comun extravagante y caprichuda, con que te opones casi siempre al genio de tu hermano, aquella palabra áspera y altiva que se te deslizo tratando con él, aquella falta de condescendencia quando debias tenerla, aquel negarte tan fuera de tiempo, y con tanto desagrado, á hacerle un favor que de tí esperaba, no son estos los principios de la aversion, que te dan á conocer en todo lance y ocasion? Si hubieras tenido caridad, si hubieras sido para con este hombre tan moderado y prudente como quieres que todos sean para contigo, la paz (que es el fruto de la caridad) seria perfecta entre los dos, y no se hubieran visto las disensiones, los enojos, y las venganzas que han salido al publico. Este incendio (yo lo confieso) no ha tenido origen sino de una sola chispa; pero por esta misma razon debis-

(a) Prov. 20. v. 10. *Pondus est abominatio apud Deum.*

te apagarla en su principio, y eres responsable del incendio que aquella chispa ha causado en sus progresos. En efecto, las turbaciones mas grandes, las enemistades mas rencorosas, y los divorcios mas escandalosos no han tenido otro origen, que algunos pequeños intereses del próximo ofendidos en los principios por indiscrecion; pero en lo sucesivo han sido causa de todos los excesos de la passion y del odio. Quien puede, pues, dudar, que la caridad debe responder de estas consecuencias? Y por qué no deberemos responder nosotros por ella? Supuesto que estas consecuencias son tan funestas como experimentamos, por qué no estaríamos obligados á prevenirlas, y previniéndolas á evitarlas? Si conocemos bastante el mundo para estar instruidos de todo esto, cómo manifestamos en todo lo demas de nuestra conducta, que lo ignoramos? Quando es menester cultivar la gracia y favor de un Grande, nos descuidamos en las cosas mas pequeñas? Persuadidos á que nuestra fortuna depende de él, no tememos disgustarle, y contradecirle? No nos imponemos una ley de agradarle en todo, y de conformarnos con todas sus inclinaciones? Pues acaso es mucho persuadirnos, quando se quiere que obremos por el interes de la caridad, lo que nosotros mismos creemos deber hacer por un interes temporal?

No obstante, se creen justificados en su conducta con decir: Yo no he ofendido el honor ni la reputacion de los que se quejan de mí, pues no he dicho de él cosa alguna substancial: pero en esto mismo se advierte, que esta es una de las excusas mas vanas con que se cubre la malicia del mundo; pues lo que destruye la caridad entre los hombres no es siempre lo que los hombres llaman cosas esenciales en punto á reputacion y honor; y alguno puede ser que no se ofenda ménos de ser satirizado de ignorante ó descortes, que de ser acusado de falta de probidad é integridad. Dile á una muger vana, que es ridicula en su modo de obrar, y digna de compasion por su rara figura, y la disgustarás y exasperarás

rás mas que si la reprehendieras de un trato sospechoso con alguna persona. Lo que destruye entre los hombres la caridad es respecto de cada uno, aquello que le desazona, aquello que le encona, y aquello que le llena de amargura y de tristeza; y quando yo me tomo la licencia de insultarlos sobre qualquiera de estos puntos, me hago responsable delante de Dios de todo lo que pueda suceder.

En fin, hermanos míos (concluye San Bernardo, y es la última razon) debemos estar convencidos, de que siendo la caridad la cosa mas delicada del mundo, es menester cuidar mucho por conservarla; y una parte del respeto que se le debe, consiste en las atenciones que pide de nosotros su misma delicadeza; porque (como dice este Padre) no hemos de considerar esta virtud en la pura abstraccion de su ser, ni como seria en las criaturas de una especie distinta de las que Dios ha querido producir; ni hemos de considerarla como se querría que fuese absolutamente en el próximo, sino como en efecto es, y como será siempre. Ello es cierto, que la caridad (aunque es fuerte y robusta en sí misma) no está por lo comun de este temple en todos aquellos con quienes vivimos; ántes podemos persuadirnos, que es débil en sus personas, capaz de recibir todas las impresiones, fácil á ofenderse, y que las menores injurias son para ella otras tantas heridas peligrosas, y difíciles de curar; de lo que nace en nosotros una obligacion de conciencia á estudiar en conocernos, y á obrar siempre con mucha prudencia y dulzura. Pero esta delicadeza de la caridad (decís) procede de la imperfeccion de los hombres. Y qué consecuencia (responde San Bernardo) se puede sacar de eso? Los hombres han nacido imperfectos, y te será por eso permitido que te portes con ellos como si no lo fueran? Tienen para consigo mismos, y para todo lo que les interesa una delicadeza suma: pero podrás tú por eso irritarlos y enojarlos impunemente? La caridad en su corazon es muy frágil: y no tendrás respeto alguno á aquella fragilidad? Y

qué

qué (prosigue este Santo Doctor) discutiría así S. Pablo? Son esas las reglas de Christiandad que daba á los fieles, quando les mandaba que venerasen la delicadeza de sus hermanos; que se guardasen mucho de escandalizarlos en las cosas mas inocentes, y por otra parte permitidas; y que temiesen sobre manera, si un alma pusilánime, por la qual Jesu-Christo habia muerto, y llegase á perecer por su conducta indiscreta, y poco prudente: *Et peribit infirmus in tua scientia frater, pro quo Christus mortuus est.* (a) Si piensas segun las máximas de nuestra Religion, dirás: No me toca curar la flaqueza de los hombres, ni corregir la delicadeza de sus espíritus y sus genios? No dirás eso; ántes bien dirás muy al contrario: A mí me corresponde acomodarme á ellos, y como Christiano tolerarlos; y pues los hombres hacen tanto sentimiento por una palabra, ó por una burla, que llegan hasta romper la caridad, debe ser para mí una cosa grande, y debo mirar como tal aquella burla, y aquella palabra. En todos tiempos han sido los hombres débiles y delicados, y esto es lo que yo debo suponer como fundamento de todas mis obligaciones en punto de caridad; porque si para tener caridad esperase yo á que los hombres no tuviesen imperfecciones ni flaquezas, como es cierto que las tendrán siempre, para siempre renunciaría esta virtud. Dios me manda amarlos débiles é imperfectos como son; y no lo puedo hacer sino respeto en ellos hasta sus menores intereses, y no tengo cuidado en prevenir hasta los motivos mas leves de que suelen ofenderse, aunque sea sin razon. Yo haré siempre mejor en condescender en este punto con su flaqueza, que en intentar que reformen sus ideas; y mejor será ser con ellos humilde y paciente, que porfiar en quererlos traer á la razon.

Con estas consideraciones lo dexo, Christianos; y concluyo con la excelente y útil instruccion que S. Pedro hacia á los primero fieles: *Disponentes igitur om-*
Tom. VII. Dominica. Aa

(a) 1. Cor. 8. v. 12

nem militiam, & omnem dolorem, & simulationes, & invidias, & omnes detractiones, sicut modo geniti infantes, rationabiles sine dolo lac concupiscite. (a) Deponed, hermanos míos, toda malicia, todo enojo, y todos los odios que infestan y corrompen vuestro corazón. No uséis de astucia y artificios, como los habeis usado para sorprehenderos unos á los otros. Dexad las falsas apariencias, y no tengáis ya aquellos disimulos, que baxo un semblante fresco y sereno ocultan los resentimientos mas vivos, y las pasiones mas irritadas. Réprimid aquellas envidias secretas, y aquellos zelos, que de la prosperidad de vuestros hermanos os hacian un suplicio. No os dexéis llevar del torrente de las murmuraciones, que apagan en vuestras almas la gracia y la caridad; y por lo comun mudan la sociedad y trato mas santo en un infierno. Si algun negocio ó interes os ha separado, volved quanto ántes á amistaros y enlazaros mas que ántes. Quitad todas las formalidades y etiquetas que impiden tantas reconciliaciones, y segun el aviso de San Pablo, adelantaos, y sed los primeros de una parte y de otra: *Honore invicem praevenientes.* (b) Sed en esto como los púrvulos, y acordaos de que la simplicidad é inocencia de estos es mas provechosa en mil ocasiones para un Christiano, que toda la sabiduria del mundo. Tened presente, que es imposible ser de Jesu-Christo, si no se tiene su espíritu, que es un espíritu de caridad. Venid, Espíritu Divino, venid á nuestros corazones para restablecer en ellos esta tan preciosa virtud. Si la haceis revivir en nosotros, y haceis que cese todo lo que la altera, entónces por una especie de eración, renovareis todo el mundo: *Et creabuntur, & renova-bis faciem terrae.* Obrad, Señor, este milagro obrádro en toda la Iglesia vuestra esposa, pero con particularidad en este auditorio, para que todos los que le componen, unidos desde ahora con una sincera caridad, lo estén eternamente en una misma felicidad, que les deseo, &c.

SER-

(a) 1. Petr. 2. v. 1. & 2. (b) Rom. 12. v. 16.

S E R M O N

PARA EL DOMINGO DECIMOTERCIO

DESPUES DE PENTECOSTES.

De la Confesion.

Quos ut vidit, dixit: Ite, ostendite vos Sacerdotibus.

Luego que vió á aquellos leprosos, les dixo: *Id, y manifestaos á los Sacerdotes.* San Lucas cap. 17. v. 14.

Esto manda el Salvador del mundo á diez leprosos, que vienen á implorar su clemencia y socorro para sanar del vergonzoso y mortal contagio que los infestaba; y este mismo remedio poderoso nos ofrece la Iglesia en nombre de Jesu-Christo para quedar purificados de una lepra mil veces mas peligrosa, qual es el pecado, enviándonos á los Sacerdotes, como á los Mácdicos de nuestras almas, y nos manda que les manifestemos nuestro estado, y nuestras enfermedades espirituales: *Ite, ostendite vos Sacerdotibus.* En la antigua Ley (observa San Juan Chrisóstomo) no tenían los Sacerdotes potestad de sanar la lepra, solo exáminaban y juzgaban si con efecto estaba curada: pero en la Ley nueva, y en el Sacramento de la Penitencia tienen los Ministros del Señor, sucesores de los Apostoles, la autoridad del mismo Dios para desatar al pecador, para reconciliarle, para absolverle,